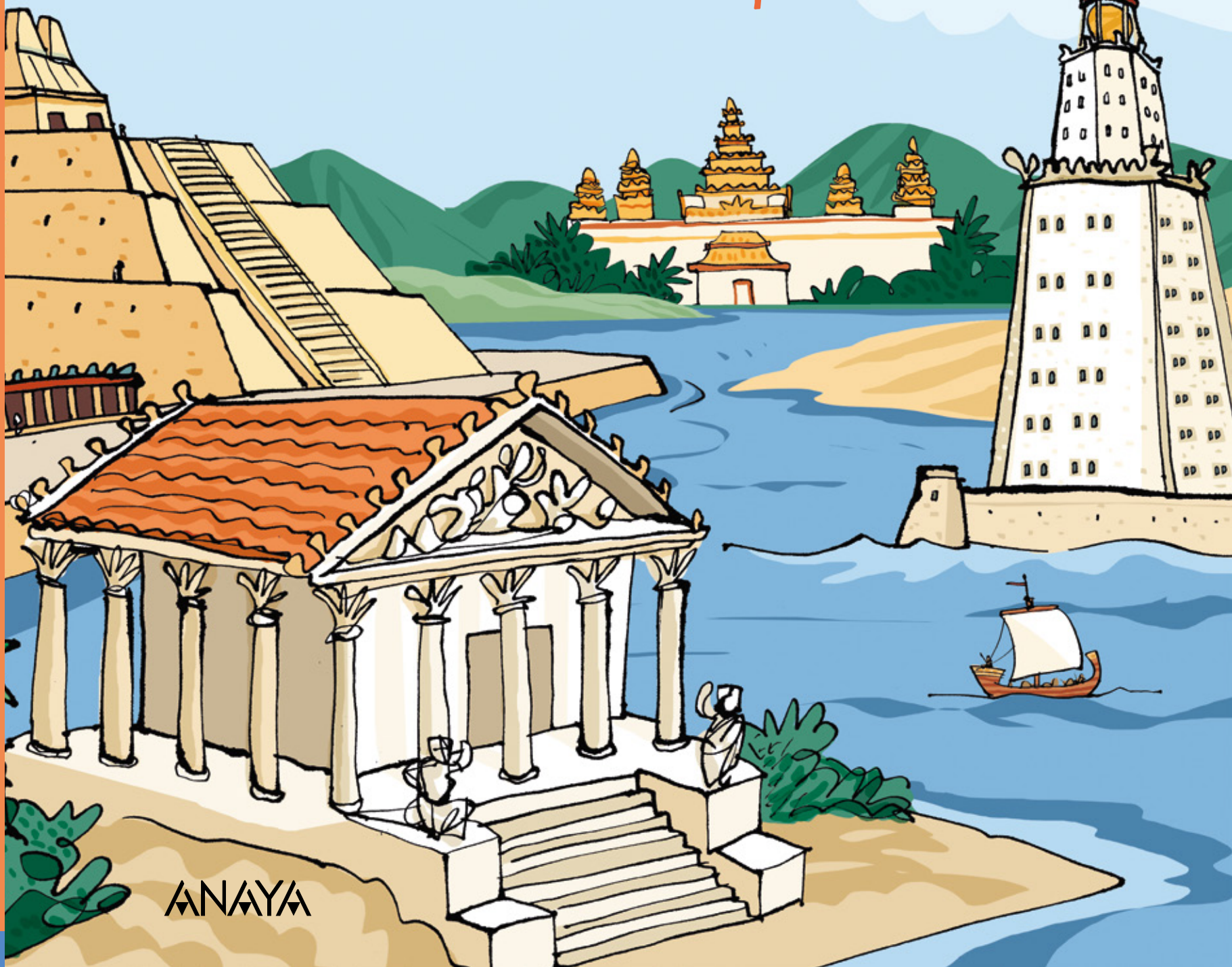


Vicente Muñoz Puelles

Ilustraciones de Ximena Maier

CIUDADES PERDIDAS

Secretos del pasado



ANAYA

Vicente Muñoz Puelles

Ilustraciones de Ximena Maier

CIUDADES PERDIDAS

Secretos del pasado



ANAYA

© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2019
© De las ilustraciones: Ximena Maier, 2019
© Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1ª edición: noviembre 2019

ISBN: 978-84-678-7181-4
Depósito legal: M-25498-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

ÁFRICA

ALEJANDRÍA (EGIPTO)	6
CARTAGO (TÚNEZ)	10
GRAN ZIMBABUE (ZIMBABUE)	14
TEBAS (EGIPTO)	18

AMÉRICA

CHICHÉN ITZÁ (MÉXICO)	22
L'ANSE AUX MEADOWS (CANADÁ)	26
MACHU PICCHU (PERÚ)	30
TENOCHTILÁN (MÉXICO)	34
TIAHUANACO (BOLIVIA)	38
TIKAL (GUATEMALA)	42

ASIA

ANGKOR (CAMBOYA)	46
BABILONIA (IRAK)	50
ÇATALHÖYÜK (TURQUÍA)	54
KARAKÓRUM (MONGOLIA)	58
PALMIRA (SIRIA)	62
PERSÉPOLIS (IRÁN)	66
PETRA (JORDANIA)	70
TROYA (TURQUÍA)	74

EUROPA

CNOSOS (GRECIA)	78
MICENAS (GRECIA)	82
POMPEYA (ITALIA)	86

GLOSARIO	90
----------------	----

PERSONAJES	92
------------------	----

MAPAMUNDI	94
-----------------	----

ALEJANDRÍA

(Egipto)



La ciudad de Alejandro

Alejandro el Magno tenía una sed imparable de conquista. Ven-
ció a los persas, que dominaban Egipto, y entró triunfante en el
país de las pirámides, donde fue aclamado como libertador. En
el oasis de Siwa, cerca de Libia, los sacerdotes del templo de Amón lo
proclamaron hijo del dios y faraón legítimo.

Quería fundar una gran ciudad que llevara su nombre, pero no sabía
dónde situarla. Entonces tuvo un sueño, en el que un anciano de cabellos
muy blancos recitaba con insistencia un pasaje de la *Odisea* de Homero:
«En el mar turbulento, ante la costa egipcia, hay una isla a la que llaman
Faro».

Tan pronto se despertó, pidió que lo llevaran a la isla. De un vistazo
advirtió su situación privilegiada, que aún lo sería más si, como se hizo
luego, se unía al continente mediante un terraplén.

A falta de yeso, pidió harina en abundancia y él mismo marcó sobre
la tierra oscura, frente a la isla, la silueta de la futura ciudad. Le dio la
forma general de una clámide, la capa corta y ligera que solía vestir y que
era habitual en Macedonia, en la antigua Grecia, donde había nacido. La
silueta tenía tres lados rectos y el cuarto, el inferior, redondeado. Ese
lado correspondía a la curva de la costa, donde hoy está el puerto.

En cuanto Alejandro terminó su dibujo, bandadas de grandes pájaros
de distintas especies llegaron desde el mar y desde la cercana desemboca-
dura del río Nilo, y empezaron a devorar la harina esparcida. Al ver lo
que estaba ocurriendo, Alejandro se alarmó.

Aristandro, un adivino que lo acompañaba a todas partes, lo tranquili-
zó. El presagio no era malo, sino bueno. El comportamiento de los pájaros
no significaba que el proyecto fuese a fracasar, sino que la ciudad sería tan
rica y próspera que podría alimentar a gentes de toda procedencia.

Alejandro dejó en Egipto una rica herencia. No solo fundó Alejandría,
sino que introdujo en el país la cultura griega, hizo reformas políticas y
ordenó restaurar los antiguos templos, como el de Karnak.

Alejandro deseaba volver a Egipto para disfrutar de los frutos que
había sembrado, pero murió a los 32 años en Babilonia, cuando planeaba



nuevas conquistas. El carro funerario que transportaba su cadáver embalsamado iba camino de Macedonia, donde había nacido e iba a ser enterrado, cuando Ptolomeo I, uno de sus generales, que se había adueñado de Egipto, lo secuestró y lo trasladó, primero a Menfis, que entonces era la capital del país, y luego a Alejandría.

En la ciudad que llevaba su nombre, el cuerpo de Alejandro, que iba dentro de un ataúd de oro, fue enterrado en un enorme mausoleo llamado el Soma, palabra que significa «cuerpo» en griego.

Julio César, otro conquistador, visitó la momia y le rompió la nariz involuntariamente al besarla. Y es que, claro, resulta muy difícil besar a una momia sin ponerse nervioso.

Luego, visitantes sucesivos fueron alterando el lugar. El ataúd de oro fue fundido y pasó a ser de alabastro o de cristal de roca. Cleopatra despojó la tumba de otros adornos de oro para pagar a sus tropas. El emperador Calígula le arrebató al cadáver la coraza y las armas.

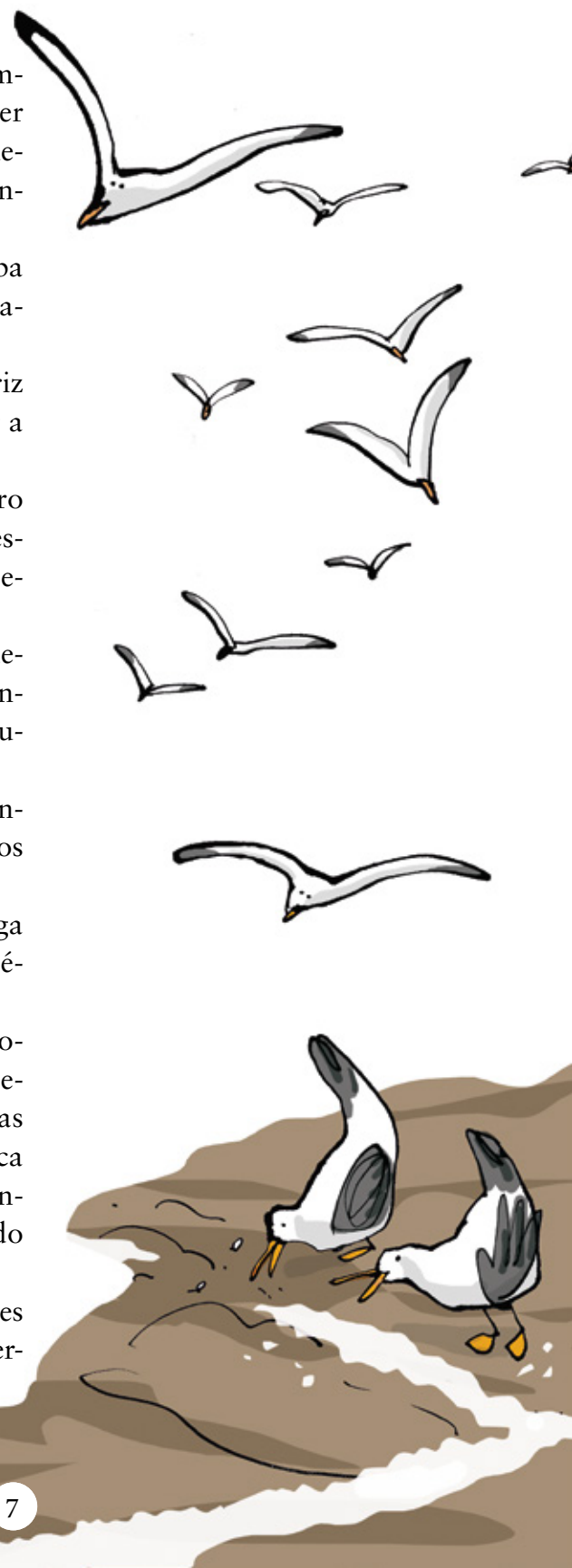
Durante las luchas entre paganos y cristianos, partes de la ciudad fueron destruidas. En algún momento, el mausoleo fue saqueado y desmontado. El cadáver desapareció, convertido en millares de reliquias y amuletos o entregado a los perros.

Hoy, todavía, los investigadores siguen buscando la tumba de Alejandro. Encontrar su verdadero emplazamiento continúa siendo uno de los mayores retos de la arqueología.

Ninguna ciudad ha sufrido tantas guerras como Alejandría. Su larga historia es una sucesión de asedios y destrucciones, como la de Julio César o la de Amr ibn al-As, general del califa Omar.

Por eso, aunque los autores clásicos nos han transmitido descripciones detalladas de la ciudad, los testimonios arqueológicos que nos quedan son muy pocos. Han desaparecido columnatas de mármol, puertas gigantescas y palacios. Nada se ha salvado de la legendaria Biblioteca de Alejandría, que había reunido toda la literatura escrita hasta entonces, ni del célebre Faro de Alejandría, una de las maravillas del mundo antiguo.

Es como si la ciudad hubiera sido derruida y reconstruida tantas veces que ha dejado de parecerse a sí misma. Pero el pasado de Alejandría permanece en el recuerdo.



SABÍAS QUE...

Ciudad abierta

Desde su fundación, Alejandría ha tenido fama de ser una ciudad cosmopolita, abierta a otras culturas. En ella vivían importantes comunidades, como la griega o la judía, que enlazaban con el pasado clásico. Ahora es ante todo una ciudad árabe, como el resto de las ciudades de Egipto.

Maravilla del mundo antiguo

El Faro de Alejandría fue construido en el extremo oriental de la isla de Faro, para guiar a los navegantes. En la parte superior, un gran espejo reflejaba la luz solar durante el día. De noche, el espejo proyectaba la luminosidad de una gran hoguera hasta una distancia de 50 kilómetros.

Dirección desconocida

Este faro se perdió para siempre, como se perdieron otros edificios de la ciudad: el Palacio, el *Museion* con su famosa biblioteca, o la tumba de Alejandro. Salvo el faro, ni siquiera se sabe con exactitud dónde estaban estos edificios.



Capital de la sabiduría

En la época de su máximo esplendor, Alejandría era considerada la capital del conocimiento, en buena parte gracias al *Museion*, institución cultural consagrada a las nueve musas, diosas de las ciencias y las artes. Había edificios con aulas, laboratorios,

observatorios, una biblioteca, un jardín botánico y un zoológico. Allí, los mejores pensadores del mundo antiguo estudiaban matemáticas y astronomía, hacían experimentos e inventaban instrumentos de medición.



La biblioteca perdida

Parte esencial del *Museion* era la gran biblioteca, que llegó a contener 900 000 obras, aunque se perdieron en sucesivos saqueos e incendios. Gracias al impulso de la UNESCO, de diversos países europeos y del gobierno egipcio, en 2002 se levantó la Bibliotheca Alexandrina, que intenta convertirse en un centro de estudio y erudición, como la antigua.

CARTAGO (Túnez)



La ciudad de Dido

Cuando los griegos entraron en la ciudad de Troya, y la ciudad cayó, la diosa Afrodita, madre del héroe Eneas, le pidió a su hijo que huyera y no se dejara matar.

Eneas y sus compañeros zarparon con una flota de veinte naves. Al cabo de siete años llegaron a las playas de Cartago, en el norte de África, con solo siete naves maltrechas.

Dido, una rica mujer de origen fenicio, reinaba sobre Cartago, ciudad que ella misma había fundado. Al ver a Eneas y escuchar sus aventuras, se enamoró perdidamente de él.

El héroe troyano se dejaba querer. Entregada al amor, Dido descuidó las obras que mejoraban la ciudad: el levantamiento de nuevas torres, la edificación de una triple muralla, la ampliación del puerto...

Sus súbditos empezaban a murmurar, pero fueron los dioses quienes más se alarmaron. Júpiter envió a Mercurio, que siempre actuaba de mensajero divino. Mercurio se dejó caer en la populosa Cartago y animó a Eneas a partir.

Eneas se quedó mudo y sobrecogido. Quería obedecer, pero no sabía cómo hacerlo sin desairar a Dido. Tras muchas cavilaciones, llamó a los capitanes de la flota, que ya había sido reparada, y les ordenó que zarpasen a escondidas. Sus compañeros cumplieron y callaron. Pero la apasionada Dido presintió la huida.

—¿Y a ti te llaman héroe? —le preguntó a Eneas—. Te di cobijo y alimento. Por ti he sacrificado el respeto que debía a mi alta posición y a mi persona. Quédate, pues, te lo ruego.

—No creas, ¡oh, reina! —le dijo Eneas—, que voy a negar la ayuda que me has dado y tus sacrificios. Si tuviera dos vidas, te daría una. Pero solo tengo esta que ves, y los dioses me obligan.

—Ya que nada puede conmoverte ni hay lugar en ti para el arrepentimiento —replicó Dido—, vete. No te detengo. Pero recuerda que, cuando yo ya no esté, mi alma te seguirá donde vayas, y te hará pagar por ello.

Cuando observó que los barcos de Eneas zarpaban, Dido lo maldijo y tuvo una visión en la que se le apareció el vengador de su estirpe, el gran Aníbal, el general que muchos años después aterrorizaría a los romanos, descendientes de Eneas. Mandó construir una pira, con el pretexto de celebrar un sacrificio, y se arrojó sobre ella. El palacio entero se inundó de lamentos.

Eneas prosiguió su viaje, guerreó en la península itálica y, cumpliendo el destino que los dioses reservaban para él, fundó Roma, la ciudad que asombraría al mundo.

Siglos después, Roma y Cartago se enfrentaron.

El primer combate tuvo lugar en la isla de Sicilia, parcialmente bajo control cartaginés. Los romanos vencieron, y expulsaron a sus enemigos. Para compensar sus pérdidas, el general cartaginés Asdrúbal fundó en Hispania la ciudad de Qart Hadasht, luego Cartago Nova y hoy Cartagena. De allí partió otro general, Aníbal, con sus elefantes, para cruzar los Alpes y atacar Italia desde el norte.

Aníbal venció a los romanos en varias batallas, pero no se decidió a atacar Roma, la capital, quizá porque carecía de tropas suficientes para ocuparla. Volvió a Cartago para defender la ciudad de los romanos, que a su vez habían desembarcado en África, y fue derrotado en la batalla de Zama. Roma impuso unas condiciones durísimas, que los cartagineses soportaron mal.

La convicción de que Cartago debía ser destruida, plasmada en la frase «Carthago delenda est», con la que el político Catón el Viejo finalizaba siempre sus discursos, hizo que, en el año 146 a. C., los romanos lograran entrar en la ciudad, tras un asedio de seis días y una lucha encarnizada. Muchos habitantes se suicidaron. Otros, fueron asesinados o vendidos como esclavos, y la ciudad fue saqueada y arrasada hasta los cimientos.

Los cartagineses habían puesto el nombre de África al área en torno a su ciudad, en honor a los «afri», habitantes de la región. Para aumentar el valor de su victoria, los romanos dijeron que Cartago había levantado a toda África en su contra, haciéndola mucho más amplia de lo que en realidad era. Así, el nombre, que se refería a una pequeña región costera, pasó a designar a todo el continente. Tras la destrucción de la ciudad se prohibió habitar el lugar durante más de un siglo.



SABÍAS QUE...

Regalo de los libios

Cuenta la leyenda que, cuando Dido llegó al norte de África desde Fenicia, la región estaba ocupada por los libios, a quienes pidió tierras para fundar una ciudad. Reacios, los libios le concedieron solo el terreno que ocupase una piel de toro.

Piel de toro

Dido cortó una piel de toro en finísimas tiras y así delimitó una gran extensión, que sería Cartago.

Destrucción total

La destrucción de la ciudad fue completa y permaneció sin habitar durante mucho tiempo, hasta que Octavio, heredero de César, fundó la colonia romana de Julia Cartago en el año 29 a. C., y la pobló de monumentos. Se sabe que empezó a construirse al final de una península, que tenía dos puertos, uno militar y otro comercial, que su muralla era muy gruesa y larga, y que la fortaleza estaba en lo alto de una colina llamada Birsa, donde se levantaba un templo en memoria de Tanit, la diosa protectora de la ciudad.

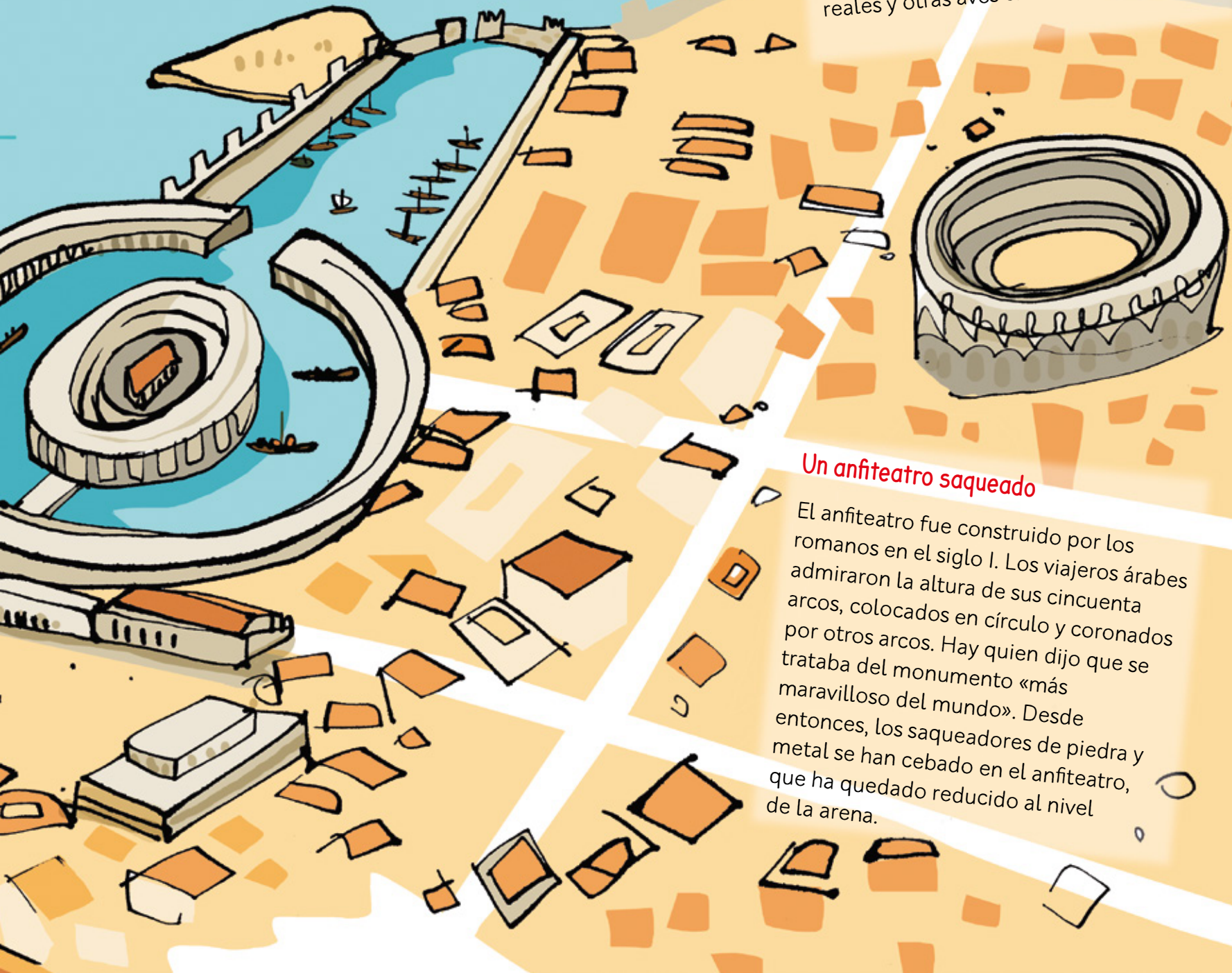


Un balneario junto al mar

Las termas romanas eran lugares públicos destinados a los baños. Las de Antonino Pío fueron construidas durante el mandato de este emperador romano. Se encuentran junto al mar, y son las mayores termas existentes en suelo africano.

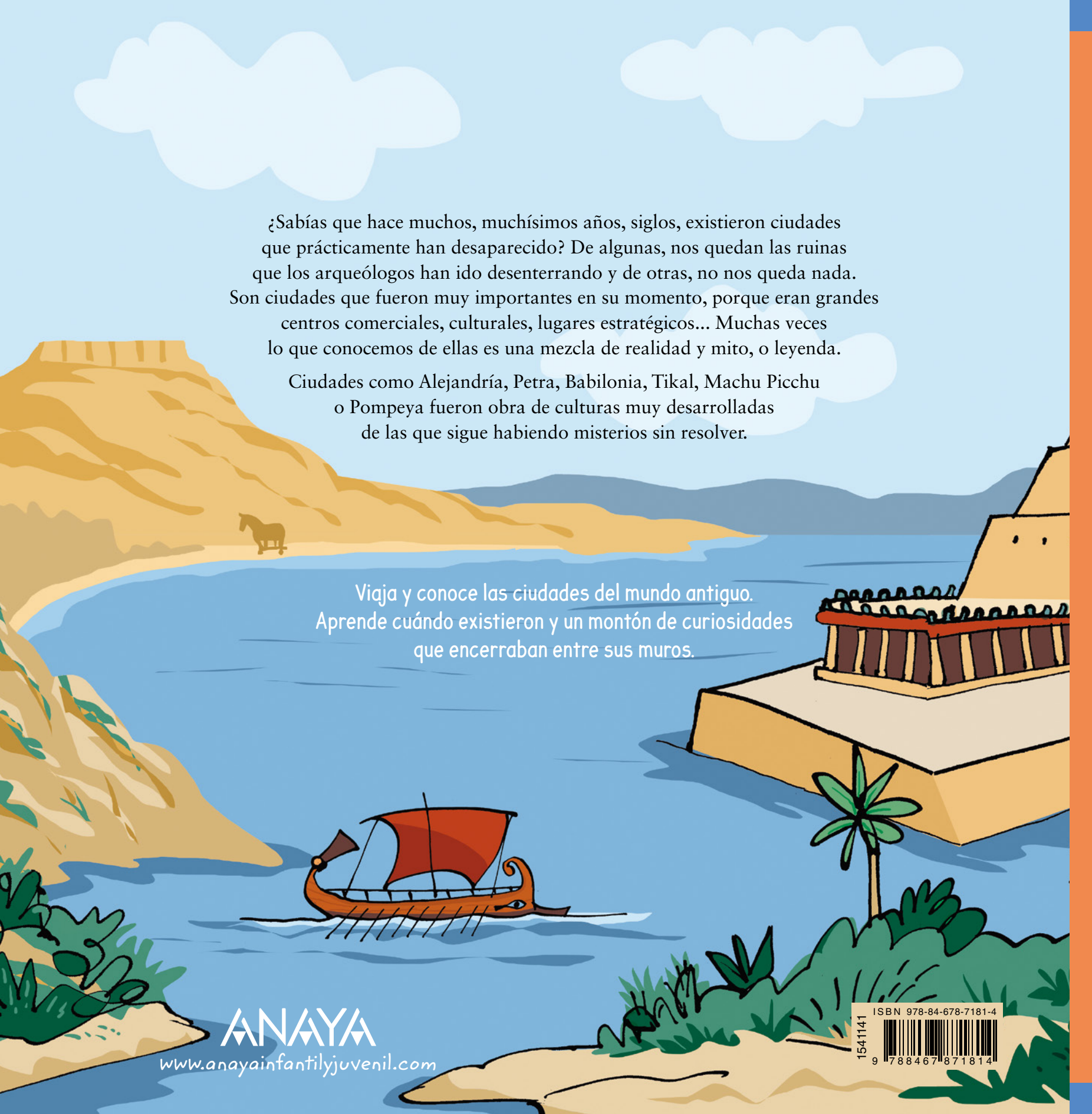
La colina del Odeón

Al norte de las termas se encuentra la colina del Odeón, donde estaba, además del teatro, una serie de villas romanas. La villa más famosa es la de la pajarera, así llamada porque en ella se encontró un mosaico que muestra faisanes, pavos reales y otras aves entre el follaje.



Un anfiteatro saqueado

El anfiteatro fue construido por los romanos en el siglo I. Los viajeros árabes admiraron la altura de sus cincuenta arcos, colocados en círculo y coronados por otros arcos. Hay quien dijo que se trataba del monumento «más maravilloso del mundo». Desde entonces, los saqueadores de piedra y metal se han cebado en el anfiteatro, que ha quedado reducido al nivel de la arena.

A colorful illustration of an ancient coastal scene. In the foreground, a wooden boat with a red sail and a dragon-headed prow is on the water. To the right, a large, multi-tiered stone building with a red roof sits on a cliffside. In the background, a horse stands on a sandy shore near a large, yellow rock formation. The sky is blue with white clouds.

¿Sabías que hace muchos, muchísimos años, siglos, existieron ciudades que prácticamente han desaparecido? De algunas, nos quedan las ruinas que los arqueólogos han ido desenterrando y de otras, no nos queda nada. Son ciudades que fueron muy importantes en su momento, porque eran grandes centros comerciales, culturales, lugares estratégicos... Muchas veces lo que conocemos de ellas es una mezcla de realidad y mito, o leyenda.

Ciudades como Alejandría, Petra, Babilonia, Tikal, Machu Picchu o Pompeya fueron obra de culturas muy desarrolladas de las que sigue habiendo misterios sin resolver.

Viaja y conoce las ciudades del mundo antiguo.
Aprende cuándo existieron y un montón de curiosidades que encerraban entre sus muros.